

(Transcripción de la bobina)

Amman, 29 de noviembre de 1999

Una espiritualidad para que la vivamos juntos

Chiara a la VII Asamblea de la Conferencia Mundial de las Religiones por la Paz

Moderador: Es una gran placer y también un gran honor y un privilegio presentar en esta Asamblea a la señora Chiara Lubich, presidente y fundadora del Movimiento de los Focolares, que nos hablará de la espiritualidad del vivir juntos.

Chiara: Señores delegados, hermanos y hermanas de todas las religiones. Los saludo cordialmente, mientras expreso mi profundo agradecimiento por el recibimiento que me dieron en este País espléndido. Y agradezco especialmente al señor secretario general de la Conferencia Mundial de las Religiones por la Paz, que en nombre del Comité de preparación y del Comité ejecutivo internacional me invitó a exponer ante esta Asamblea, en su jornada conclusiva, algunas reflexiones y experiencias sobre el tema “Una espiritualidad para vivir juntos”.

Me siento honrada, en primer lugar por haber podido participar de un acontecimiento tan importante. En estos días hemos sentido sobre nosotros el peso de una enorme responsabilidad: la de representar nuestras tradiciones religiosas ante el desafío más decisivo de éste y del futuro milenio: la construcción de un mundo nuevo y pacificado.

Para todos nosotros los diversos problemas que fueron examinados, los programas de acción en favor de la paz, la declaración final de esta Asamblea, son un motivo de empeño que puede parecer superior a nuestras fuerzas. Por eso hace falta recordar los grandes ideales que nos llevaron a reunirnos, porque solamente creyendo en ellos podremos hacer frente a las tareas que nos esperan.

Sabemos que lo que impulsó a los inspirados iniciadores de la Conferencia, y lo que todavía hoy nos atrae a todos, es el amor a la paz. Estamos aquí porque nosotros también estamos convencidos de que, a pesar de todo, la paz es posible, y es el único camino para un futuro digno de los más elevados valores humanos. Estamos aquí, profundamente convencidos de que trabajar por la paz corresponde a nuestra vocación más profunda, a las exigencias más arraigadas en el corazón humano, en una palabra: a nuestro ser de mujeres y hombres religiosos.

Frente a los grandes desafíos modernos de la tecnología, de los conflictos étnicos, de la pobreza y de la violación de los derechos humanos, “las religiones deben extraer lo más profundo de sí mismas – como decía el obispo Rossano, especialista en este campo – para ayudar a la humanidad de hoy y conducirla a la solidaridad y a la paz”¹. Cada uno de nosotros, empujado por su propia fe religiosa, se empeñó sin duda en esta maravillosa aventura. Cada uno hizo sus experiencias positivas y negativas, y las compartió con otros en estos días para proponer nuevas soluciones a los problemas y nuevos incentivos para continuar. Por eso permítanme que hoy les ofrezca mi experiencia, nacida a contacto con personas de todas las edades, idiomas, razas, religiones y etnias, en cada ángulo de la tierra. Es una experiencia de vida y de actividad comunitaria, que puede ofrecer la llave también para una convivencia humana pacífica y armoniosa.

Hace algunos años me encontraba en Japón, invitada por un gran movimiento laico budista. Muchos de sus jóvenes miembros me hicieron una serie de preguntas, una más importante que la otra. En una de ellas me decían: “¿Qué quiere decir para usted la palabra paz? Le respondí con pocas palabras:

¹ P.Rossano: *Religiones en diálogo por la paz, Brescia 1991*

“La paz es efecto de la unidad. Cuando tenemos la unidad entre nosotros y con Dios, tenemos la paz interior. Cuando hay unidad entre los hermanos, la familia está unida. Cuando hay unidad entre los pueblos, el mundo está en paz”.

Pero los jóvenes insistían: “Sí, la unidad es importante, ¿pero cómo se realiza?”. Y contesté con otra respuesta breve: “Para realizar la unidad hay que unirse a Dios con el alma haciendo su voluntad; hay que unir a las generaciones entre sí, a los grupos pequeños o grandes, hay que generar la unidad entre ricos y pobres, por lo tanto suscitar alguna comunión de bienes; generarla entre personas de razas distintas, de pueblos distintos; incluso unir, por cuanto es posible, a quienes profesan religiones e ideologías diversas”.

Estos son los breves apuntes de ese momento, que me había prometido profundizar, pero no logré hacerlo por falta de tiempo. Tal vez valga la pena que hoy emplee algunas palabras más para explicar esas afirmaciones y para confrontarlas con una experiencia de vida.

Después de más de 50 años de los comienzos del Movimiento de los Focolares que represento, sigue siendo una sorpresa darnos cuenta que el sendero espiritual por el que Dios nos conduce se entrecruza con todos los demás caminos de espiritualidad, y nos permite encontrarnos y comprendernos con las grandes tradiciones religiosas de la humanidad sin perder nuestra identidad. En otras palabras: en obediencia y escucha del Espíritu, hemos aprendido un arte del cual yo creo que el mundo actual tiene gran necesidad: el arte de amar.

Fromm, un gran sicólogo de nuestro tiempo, dijo: “No obstante la desesperada búsqueda de amor, nuestra civilización muy raramente trata de aprender el arte de amar; todo el resto: el éxito, el prestigio, el dinero, el poder, es considerado más importante. Gastamos casi todas nuestras energías para alcanzar esos fines, y casi ninguna para conocer el arte de amar”².

Pero para mí, y para los millones de personas que conozco, con la ayuda de lo Alto no fue así. Quisiera compartir con ustedes algunos puntos fundamentales de este arte de amar, que hemos hecho nuestro y tratamos de aplicar a las familias, a la sociedad, a los estados y a las relaciones internacionales. Es un arte que hay que vivir siempre, y reavivar siempre para dar más sentido, mejor dicho, pleno sentido a todo el trabajo que nos espera.

El primer paso, la primera iluminación sobre este nuevo estilo de vida fue durante la segunda guerra mundial. Frente al derrumbe de los ideales y a la pérdida de todos nuestros bienes materiales, sentíamos que debíamos aferrarnos a algo que no pasara, y que ninguna bomba pudiera destruir: Dios. Lo elegimos como único Ideal de nuestra vida, creyendo, a pesar de todo, en su amor de Padre, amor hacia todos los hombres de la tierra. Pero obviamente, no bastaba creer en el amor de Dios; no bastaba elegirlo como Ideal de la vida. La presencia y la premura de un padre llama a cada uno a ser hijo, a amar a su vez al padre, a realizar día tras día ese designio de amor especial que el Padre tiene sobre cada uno, es decir, a hacer su voluntad. Y se sabe que la primera voluntad de un padre es que los hijos, todos los hijos, se traten como hermanos, se quieran, se amen.

Este arte quiere que nos amemos como hace Dios, sin distinciones. No hay que elegir entre el simpático o el antipático, entre el lindo o el feo, el de mi patria o el extranjero, el blanco, negro o amarillo, el europeo o el americano, el africano o asiático, el cristiano o el judío, el musulmán o el hindú... Utilizando un lenguaje familiar para ustedes, podemos decir que el amor no conoce “ninguna forma de discriminación”. Para un cristiano, además, todos deben ser amados, porque detrás de cada uno está Cristo a quien se ama. El mismo lo dirá un día: “Me lo hiciste a mí” (*cf. Mt 25,40*). Pero esta misma fe en el amor que Dios tiene por sus criaturas la hemos encontrado en muchos hermanos y hermanas de otras

² E.Fromm, *El arte de amar*, Milán 1971

religiones, empezando por las abrahámicas que afirman la unidad del género humano, el cuidado que Dios tiene por toda la humanidad y el deber de cada criatura humana de actuar como hace el Creador, con inmensa misericordia hacia todos.

Un proverbio musulmán dice: “Dios perdona cien veces, pero reserva su suprema misericordia para aquel cuya piedad habrá ayudado a la más pequeña de sus criaturas”³.

¿Y qué decir de la ilimitada compasión por cada ser viviente que enseña Buda, quien dijo a sus primeros discípulos: “¡Oh monjes! tendrían que obrar por el bienestar de muchos, por la felicidad de muchos, movidos a compasión por el mundo, por el bienestar (...) de los hombres”⁴?

He aquí, entonces, el primer punto del arte de amar: amar a todos, sin distinciones.

Pero hay otra característica muy conocida de este amor, que es mencionada en todos los libros sagrados, y ella sola, si se la viviera, sería suficiente para hacer de todo el mundo una gran familia: amar como a uno mismo, hacerles a los demás lo que quisiéramos que nos hicieran a nosotros, y no hacerles lo que no quisiéramos que nos hicieran. Es la Regla de oro, que Gandhi expresó muy bien cuando dijo: “Tú y yo somos una sola cosa; no puedo dañarte sin herirme”⁵.

De este principio brota una norma que si la aplicáramos sería el generador más poderoso de la armonía entre individuos y grupos, en las familias y entre los Estados. Imagínense cómo sería el mundo si la Regla de oro se pusiera en práctica, además de entre los individuos, entre los pueblos, las etnias, los Estados, por ejemplo: “Amar la patria ajena como la propia”.

Pude comunicar este sueño nuestro a políticos y estadistas de muchas naciones, y tuve la seguridad de que el mensaje llegó a sus corazones, porque ya se ven los frutos. Pero los políticos mismos, y todos aquellos que tienen la responsabilidad del bien común, necesitan nuestro apoyo; necesitan constatar que existen personas diferentes por tradición, por cultura y convicciones que se mantienen en contacto, más allá de todas las barreras, y se ocupan unas de otras, ayudándose a hacer frente a los problemas cotidianos.

Otro paso del arte de amar, y tal vez el más empeñado de todos, que pone a prueba la autenticidad del amor, su pureza, y por eso su real capacidad de generar la paz, es ser los primeros en amar, es decir, no esperar que el otro dé el primer paso, ser los primeros en movernos, en tomar la iniciativa. Este modo de amar nos expone en primera persona, pero si queremos amar a imagen de Dios, y desarrollar esta capacidad de amor que Dios puso en nuestros corazones, debemos hacer como él, que no esperó que lo amáramos, sino que demostró siempre, de mil maneras, que él nos ama primero, sea cual fuere nuestra respuesta.

Nosotros hemos sido creados como un don los unos hacia los otros, y lo somos cuando nos ocupamos de nuestros hermanos y hermanas con un amor que precede a los gestos de amor del otro. Esto nos lo enseñan con su vida los grandes fundadores de todas las religiones. Buda, por ejemplo, “no enseñó solamente la no-violencia y la paz, sino que él intervino personalmente, presentándose en el campo de batalla para prevenir la guerra entre pueblos y religiones”⁶.

Jesús nos dio el ejemplo supremo cuando dijo: “No hay amor más grande que dar la vida por los amigos” (cf. *Jn 15,13*). Y él la dio, realmente.

Además, cuando el ser los primeros en amar es vivido por dos o más personas juntas, se establece el amor mutuo, que es el fundamento seguro de la paz y de la unidad del mundo, capaz de dar vida a la

³ G.M.Guzzetti, *El Islam en oración*, Roma 1991

⁴ Mahagga, 19

⁵ W.Muhs, *Palabras del corazón*, Milán 1996

⁶ W.Rahula, *Las enseñanzas de Buda*, Roma 1996

familia humana universal que supera el limitado concepto de sociedad internacional; esa familia al interno de la cual las relaciones entre personas, grupos, pueblos, son capaces de derrumbar las barreras, las divisiones de todo tipo, en cualquier época.

Es verdad que para quien se prepara hoy a correr las montañas del odio y de la violencia la tarea es abrumadora. Pero lo que es imposible a millones de hombres aislados y divididos, parece que se hace posible para gente que hizo del amor mutuo, de la comprensión recíproca, de la unidad, el objetivo esencial de la propia vida. Y esto es importante. Y todo tiene un porqué, una llave secreta y un nombre. Cuando abrimos el diálogo entre nosotros, de diversas religiones, es decir, cuando nos abrimos unos a otros en el diálogo hecho de benevolencia humana y de estima recíproca, de respeto, nos abrimos también a Dios, y “hacemos de tal modo - son palabras de Juan Pablo II – que Dios esté presente en medio de nosotros”⁷.

Es este el gran fruto de nuestro amor mutuo, y la fuerza secreta que da vigor y éxito a nuestros esfuerzos por la paz. Es lo que el Evangelio anuncia a los cristianos cuando dice que, si dos o más personas se unen en el amor verdadero, Cristo mismo, que es la paz, está presente entre ellos, y por lo tanto en cada uno de ellos. ¿Y qué mejor garantía, qué mayor posibilidad que la presencia de Dios, para quienes quieren ser instrumentos de fraternidad y de paz?

Este amor recíproco, esta unidad, que produce mucha alegría en quien la pone en práctica, pide esfuerzo, entrenamiento cotidiano, sacrificio. Y aquí se presenta, en el lenguaje cristiano, en toda su luminosidad y dramatismo, una palabra que el mundo no quiere escuchar porque la considera necia, absurda, sin sentido. Esta palabra es: cruz. No se hace nada bueno, útil, fecundo en el mundo sin reconocer, sin saber aceptar el esfuerzo, el sufrimiento, en una palabra, sin la cruz. ¡No es cosa de nada comprometerse a vivir y a generar la paz! Se necesita coraje, se necesita saber sufrir.

Pero, en el fondo, ¿La ONU no surgió justamente por el recuerdo del sufrimiento y del dolor del segundo conflicto mundial? ¿Y la Conferencia mundial de las Religiones por la Paz, no nació por el recuerdo de esos absurdos sufrimientos, provocados por unos a otros, y por el impulso de sanar todos los conflictos en nombre de las fe religiosas?

Pero volvamos al “arte de amar”. Hay un último punto, del que quiero hablarles, que enseña a poner en práctica el verdadero amor a los demás. Es una fórmula simple, hecha de dos palabritas: hacerse uno. Hacerse uno con los demás significa apropiarse de sus pesos, de sus pensamientos, de sus sufrimientos, de sus alegrías. Hacerse uno es válido en primer lugar en el diálogo interreligioso. Fue escrito: “Conocer la religión del otro implica entrar en la piel del otro, ver al mundo como lo ve el otro, penetrar en el sentido que para el otro tiene ser budista, musulmán, etc.”⁸.

Pero este “vivir el otro” abraza todos los aspectos de la vida y es la máxima expresión del amor, porque viviendo así estamos muertos a nosotros mismos, al propio yo y a cualquier apego; se puede realizar esa “nada de sí” al que aspiran las grandes espiritualidades y a ese vacío de amor que se realiza en el acto de acoger al otro; porque se le da espacio al otro, que siempre encontrará un lugar en nuestro corazón; porque significa ponerse frente a todos en la actitud de aprender, porque realmente hay mucho que aprender.

(...)

Todo esto, como bien se comprende, no es solamente gentileza, comprensión, no es una técnica de relaciones humanas, o una táctica para obtener consensos, para vender las propias ideas. El amor tiene un único fin: donarse totalmente y sin ningún interés. Lo que expliqué no es una utopía. Es una realidad que

⁷ Juan Pablo II en Madras, *El diálogo interreligioso en el magisterio pontificio*

⁸ Cf F. Whaling, *Christian Theology and World Religions: A Global Approach*, London 1986, pp.130-131

viven desde hace más de medio siglo millones de personas en todo el mundo, es una experiencia piloto de “vivir juntos” en el nombre de las religiones, que es la característica de esta Asamblea.

Traté de compartir con ustedes los puntos fundamentales de una espiritualidad que, si bien nació en una Iglesia, en una religión particular, de alguna manera es universal y puede ser vivida por cualquier persona. De hecho, se abrieron diálogos fecundos: entre cristianos de muchas Iglesias, entre creyentes de religiones diferentes y entre personas de las culturas más diversas. Y juntos nos dirigimos a esa plenitud de verdad a la cual tendemos. Y por esta espiritualidad, hombres y mujeres de casi todas las naciones del mundo, lenta pero decididamente están intentando ser, por lo menos allí donde se encuentran, semillas de un pueblo nuevo, de un mundo de paz, más solidario sobre todo hacia los más pequeños, los más pobres, de un mundo más unido. Por eso hemos sentido el deber de estar presentes aquí, en este encuentro entre creyentes de varias religiones, para dar nuestra contribución a los esfuerzos que todos los hombres y las mujeres de buena voluntad están realizando en favor de una convivencia pacífica.

(...)